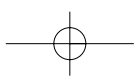
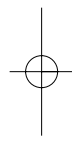
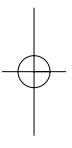


PRIMERA PARTE

LA BELLA DURMIENTE

Recuerda que las cosas más bellas del mundo  
son también las más inútiles.

JOHN RUSKIN,  
*Las piedras de Venecia*, vol. I



## *Rebelde*

Vestirse era siempre la parte más dura de la tarde. En la invitación a la Mansión Valentino ponía «semi-formal», pero lo peliagudo de la cuestión estaba en la primera parte del término. «Semi» daba pie a un sinnúmero de posibilidades, como una noche sin fiesta. Para los chicos tenía ya su complicación, pues podía suponer ir con chaqueta y corbata (o sin corbata según el tipo de cuello que llevaran), todo de blanco y en mangas de camisa (atuendo indicado únicamente para las tardes de verano) o con un modelo compuesto de abrigo largo, chaleco, frac, falda escocesa o un jersey precioso. Sin embargo, para las chicas aquella definición equivalía sencillamente a una explosión, como solía ocurrir con todas las definiciones allí, en Nueva Belleza.

Tally casi prefería las fiestas de etiqueta rigurosa o formal. La indumentaria no era tan cómoda y el ambiente no se animaba hasta que todo el mundo iba borracho, pero al menos no había que pensar tanto a la hora de vestirse.

—Semiformal, *semiformal* —dijo, recorriendo con la mirada el armario abierto mientras el expositor giratorio se movía chirriante hacia delante y hacia atrás en un intento por seguir el ritmo de los

clics aleatorios del ratón ocular de Tally, haciendo que las prendas colgadas se balancearan de un lado a otro. Sí, no había duda de que «semi» era una palabra falsa.

—¿Es siquiera una palabra? —preguntó Tally en voz alta—. ¿«Semi»? —Le sonaba rara en la boca, que tenía seca como el algodón después de la noche anterior.

—Solo es *media* palabra —dijo la habitación, dándoselas de inteligente.

—Cifras —masculló Tally.

Se dejó caer de espaldas en la cama y se quedó mirando el techo, con la sensación de que la habitación amenazaba con empezar a dar vueltas a su alrededor. No parecía justo tener que ponerse histérica por media palabra.

—Haz que desaparezca —ordenó.

La habitación no la entendió y cerró el armario corriendo la pared. Tally no tenía fuerzas para explicar que se refería a la resaca, que se extendía por su cabeza como un gato rollizo, huraño, blando y reacio a moverse.

La noche anterior, Peris y ella habían ido a patinar con otros rebeldes para probar la pista de hielo que se cernía sobre el estadio Nefertiti. La capa de hielo, sostenida en alto por medio de una red de alzas, era lo bastante fina para dejar ver lo que había al otro lado de ella, y se mantenía transparente por la acción constante de una horda de pequeños zambonies que se movían entre los patinadores como chinches de agua nerviosos. Los fuegos artificiales que explotaban en el estadio situado debajo hacían que el hielo brillara como un vitral esquizoide que cambiaba de colores cada pocos segundos.

Todos ellos tenían que llevar arneses de salto por si alguien se precipitaba al vacío en caso de que el hielo se rompiera. Naturalmente, eso nunca le había ocurrido a nadie, pero, ante la idea de que en cualquier momento el mundo pudiera derrumbarse con un súbito estrépito, Tally se pasó la noche bebiendo champán.

Zane, que era más o menos el líder de los rebeldes, había terminado por aburrirse y había vaciado una botella entera en el hielo. Dijo que el alcohol tenía un punto de congelación más bajo que el agua y que así podría provocar que alguien cayera a los fuegos artificiales. Pero no había derramado el champán suficiente como para evitar que Tally tuviera resaca aquella mañana.

La habitación emitió el sonido especial que indicaba que estaba llamando otro rebelde.

—¿Sí?

—Hola, Tally.

—¡Shay-la! —Tally se incorporó a duras penas sobre un codo—. ¡Necesito ayuda!

—Lo dices por la fiesta, ¿no?

—Es que no sé de qué va eso de *semiformal*.

Shay se echó a reír.

—Qué pérdida estás, Tally-wa. ¿No has oído el mensaje?

—¿Qué mensaje?

—Pero ¡si lo han mandado hace horas!

Tally miró su anillo de comunicación, que seguía en la mesita de noche. Nunca lo llevaba puesto para dormir, una vieja costumbre de sus tiempos de imperfecta, cuando andaba siempre moviéndose a hurtadillas. Allí estaba el anillo, emitiendo sus pulsaciones sin hacer ruido, aún con el volumen apagado.

—Oh, vamos, despierta.

—Pues nada, olvida lo de «semi». Ahora quieren montar una fiesta en plan carnaval. ¡Tenemos que ir disfrazados!

Tally miró la hora: eran casi las cinco de la tarde.

—¿Cómo? ¿En tres horas?

—Sí, ya sé. Yo estoy buscando uno por todas partes. Qué vergüenza. ¿Puedo bajar?

—Cómo no.

—¿En cinco minutos?

—Claro. Trae desayuno. Adiós.

Tally dejó caer la cabeza en la almohada. La cama le daba vueltas como una aerotable; el día acababa de comenzar y ya tocaba a su fin.

Se puso el anillo de comunicación y escuchó airada el mensaje, en el que se decía que no se permitiría la entrada a la fiesta sin un disfraz realmente chispeante. Quedaban tres horas para que se le ocurriera algo decente, y los demás le llevaban una ventaja enorme.

A veces tenía la sensación de que ser una rebelde de verdad habría sido muchísimo más sencillo.

Shay llegó con el desayuno: tortillas de bogavante, tostadas, salteado de patatas con cebolla, buñuelos de maíz, uvas, bollos de chocolate y Bloody Marys, más comida de la que podría eliminar un paquete entero de purgantes de calorías. La bandeja rebosante se movía en el aire, y las alzas que la sostenían temblaban como un niño en su primer día de colegio.

—Pero, Shay, ¿es que vamos a ir de zepelines o algo así?

Shay soltó una risita.

—No, pero por tu voz he notado que estabas mal. Y esta noche tienes que estar chispeante. Todos los rebeldes van a venir a verte.

—Chispeante... Genial. —Tally suspiró mientras aliviaba el peso de la bandeja cogiendo un Bloody Mary. Al dar el primer sorbo, frunció el ceño—. Le falta sal.

—Eso tiene arreglo —dijo Shay, retirando el caviar que adornaba una tortilla para echarlo en la bebida de Tally.

—¡Puuaj, sabrá a pescado!

—El caviar queda bien con todo. —Shay cogió otra cucharada y se la llevó a la boca, cerrando los ojos para masticar las huevas. Luego hizo girar su anillo para poner música.

Tally tragó saliva y tomó otro sorbo de Bloody Mary, lo que le sirvió al menos para que la habitación dejara de dar vueltas. Los bollos de chocolate comenzaban a oler bien. Luego pasaría al salteado de patatas con cebolla. Y después a la tortilla; puede que incluso probara el caviar. El desayuno era la comida del día con la que Tally intentaba, más que con ninguna otra, recuperar el tiempo que había perdido durante su estancia en plena naturaleza. Darse un buen atracón para desayunar le hacía sentir que lo tenía todo controlado, como si un aluvión de sabores propios de la ciudad pudiera borrar el recuerdo de meses de guisos y EspagBol.

La música era nueva e hizo que se le acelerara el corazón.

—Gracias, Shay-la. Me has salvado la vida.

—De nada, Tally-wa.

—Bueno, ¿y dónde estuviste anoche?

Shay se limitó a sonreír, como si hubiera hecho algo malo.

—¿Qué? ¿Chico nuevo?

Shay negó con la cabeza con una caída de párpados.

—¿No te habrás operado otra vez? —le preguntó Tally, ante lo cual Shay soltó una risita—. Lo has hecho. Se supone que no debes pasar por el quirófano más de una vez por semana. Pero ¿qué podía faltarte?

—Tranquila, Tally-wa. Ha sido algo local.

—¿Dónde? —No parecía haber nada distinto en el rostro de Shay. ¿Se habría retocado algo que quedaba oculto bajo el pijama?

—Acércate —dijo Shay, moviendo de nuevo sus largas pestañas.

Tally se inclinó hacia delante para mirar con atención los ojos perfectos de su amiga, grandes y de color cobre con motitas de polvo brillante, y se le aceleró aún más el corazón. Un mes después de su llegada a Nueva Belleza, Tally seguía impresionada ante los ojos de los otros perfectos, tan enormes y cordiales, con aquel brillo de interés que irradiaban. Las exuberantes pupilas de Shay parecían murmurar: «Te escucho. Me fascinas». Reducían su visión del mundo para centrarse únicamente en Tally, que acaparaba la radiante atención de Shay.

Con Shay era incluso más extraño porque Tally la había conocido en sus tiempos de imperfecta, antes de que la cirugía la transformara en lo que era ahora.

—Acércate más.

Tally respiró hondo para calmarse mientras la habitación daba vueltas de nuevo, aunque esta vez la sensación le resultó agradable. Señaló las ventanas para poder ver un poco mejor al trasluz, y al mirar a Shay con la luz del sol se dio cuenta de los nuevos retoques.

—¡Ah, queda superperfecto!

Por encima de los otros brillos implantados resaltaba un círculo de doce rubíes diminutos en torno a cada una de las pupilas de Shay, cuyo resplandor de un rojo suave contrastaba con el iris esmeralda de los ojos.

—¿A que es chispeante?

—Ya lo creo. Pero una cosa: los de abajo a la izquierda son distintos, ¿no? —Tally entrecerró los ojos un poco más. En cada círculo había un rubí que parecía titilar como una minúscula llama blanca sobre un fondo cobrizo.

—¡Son las cinco en punto! —dijo Shay—. ¿Lo pillas?

Tally tardó un segundo en recordar cómo se leía la hora en la gran torre del reloj situada en el centro de la ciudad.

—Hummm, pero marca las siete. ¿Las cinco no sería el de abajo a la derecha?

Shay resopló.

—Van al contrario que las agujas del reloj, tonta. Si no sería muy aburrido.

A Tally se le escapó la risa.

—¿Quieres decir que llevas piedras preciosas en los ojos que marcan la hora y van para atrás? ¿No te parece un poco excesivo, Shay?

Tally lamentó al instante lo que acababa de decir. Una expresión trágica ensombreció el rostro de Shay, borrando el resplandor que irradiaba un segundo antes. Pareció a punto de romper a llorar, aunque no tenía los ojos hinchados ni la nariz roja. Operarse era siempre un tema delicado, casi como cambiar de peinado.

—No te gustan para nada —musitó Shay con tono acusador.

—Claro que me gustan. Ya te he dicho que queda superperfecto.

—¿En serio?

—Mucho. Y está bien que vayan para atrás.

Shay recuperó la sonrisa, y Tally respiró aliviada, sin dar crédito aún a su reacción. Era la clase de equivocación que solo cometían los perfectos recién operados, y ella ya hacía más de un mes que había pasado por el quirófano. ¿Por qué seguiría diciendo cosas falsas? Si hacía un comentario como aquel en la fiesta de aquella noche, puede que alguno de los rebeldes votara en contra de ella. Bastaba un solo veto para que te dejaran fuera.

Y entonces se quedaría sola, casi como si volviera a ser una fugitiva.

—Podríamos ir de torres de reloj esta noche, en honor a mis ojos nuevos —sugirió Shay.

Tally se echó a reír, consciente de que aquel chiste malo significaba que estaba perdonada. A fin de cuentas, Shay y ella habían pasado por muchas cosas juntas.

—¿Has hablado con Peris y Fausto?

Shay asintió.

—Dicen que tenemos que ir todos de rebeldes. Ellos ya tienen una idea, pero es un secreto.

—Menudos farsantes. Como si ellos fueran tan malos, cuando lo máximo que hicieron en sus tiempos de imperfectos fue salir a escondidas y quizá cruzar el río unas cuantas veces. Ni siquiera llegaron nunca hasta el Humo.

Justo en aquel momento terminó la canción, y la última palabra de Tally cayó en un silencio repentino. Trató de pensar en algo que

decir, pero la conversación se apagó, como unos fuegos artificiales en un firmamento oscuro. La siguiente canción pareció tardar siglos en comenzar.

Cuando lo hizo, Tally, aliviada, dijo:

—No tendría por qué costarnos encontrar un disfraz de rebelde, Shay-la. Nosotras dos somos las mayores rebeldes de la ciudad.

Shay y Tally estuvieron dos horas enfrascadas en el tema, haciendo que el agujero de la pared expulsara disfraces para probárselos. Se plantearon ir de bandidos, pero no sabían realmente qué aspecto tenían... En todas las películas de bandidos clásicas que veían proyectadas en la pantalla mural, los malos no parecían rebeldes, sino retrasados sin más. Los piratas iban mucho mejor vestidos, pero Shay no quería llevar un parche sobre uno de sus ojos nuevos. También se les ocurrió ir de cazadores, pero el agujero de la pared tenía sus cosas con los revólveres, incluso con los de mentira. Tally pensó en la posibilidad de que fueran disfrazadas de famosos dictadores de la historia, pero la mayoría resultaron ser hombres y por su aspecto carecían de gusto para la moda.

—¡Quizá deberíamos ir de oxidados! —propuso Shay—. En el colegio siempre eran los malos.

—Pero yo creía que eran casi como nosotros, aunque en feo.

—No sé, podríamos talar árboles, quemar petróleo o algo así.

Tally se echó a reír.

—Se trata de un disfraz, Shay-la, no de un estilo de vida.

Shay extendió los brazos y siguió hablando, intentando ser chispeante.

—¿Podríamos fumar tabaco? ¿O conducir coches?

Pero el agujero de la pared no consintió en darles cigarrillos ni vehículos.

De todos modos, era divertido estar con Shay probándose disfraces para luego pasearse entre risas y resoplidos antes de lanzarlos de nuevo al reciclador. A Tally le encantaba verse con ropa nueva, aunque fuera ridícula. Parte de ella recordaba aún aquel tiempo pasado en el que mirarse al espejo era un acto doloroso, con aquellos ojos que tenía tan juntos, aquella nariz tan pequeña y aquel pelo siempre tan crespo. Ahora era como si tuviera enfrente a una persona guapísima cuyos movimientos siguiera en todo momento, una persona con unas facciones perfectamente equilibradas, un cutis que se veía radiante incluso con una resaca monumental y un cuerpo proporcionado y musculado a la perfección. Una persona cuyos ojos plateados quedaban bien con todo lo que llevara puesto.

Pero una persona con un gusto falso para los disfraces.

Después de dos horas estaban tumbadas en la cama, que volvía a dar vueltas.

—Qué rollo, Shay-la. ¿Por qué tiene que ser así? Nunca me votarán si no soy capaz siquiera de aparecer con un disfraz que no sea falso.

Shay le cogió la mano.

—No te preocupes, Tally-wa. Tú ya eres famosa. No hay motivo para estar nerviosa.

—Para ti es fácil decirlo. —Aunque habían nacido el mismo día, Shay se había convertido en perfecta varias semanas antes que Tally. Llevaba casi un mes siendo una rebelde hecha y derecha.

—No va a haber ningún problema —aseguró Shay—. Todo aquel que ha tenido tratos con Circunstancias Especiales es un rebelde nato.

Un hormiguelo recorrió el cuerpo de Tally ante aquel comentario de Shay, como un toque de aviso, leve pero hiriente.

—De todos modos, odio no ser chispeante.

—La culpa la tienen Peris y Fausto por no decirnos de qué van a ir.

—Vamos a esperar a que vengan aquí, y nos copiamos su idea.

—Se lo merecen —asintió Shay—. ¿Te apetece una copa?

—Creo que sí.

A Tally le daba todo demasiadas vueltas para moverse del sitio, así que Shay ordenó a la bandeja del desayuno que fuera a buscar champán.

Cuando Peris y Fausto llegaron a la habitación, lo hicieron envueltos en llamas.

No eran más que bengalas que llevaban enroscadas en el pelo y pegadas a la ropa, y que despedían llamas de seguridad alrededor de sus cuerpos. Fausto no paraba de reír porque le hacían cosquillas. Ambos llevaban arneses de salto como parte de su disfraz, pues querían dar la impresión de que acababan de saltar del tejado de un edificio en llamas.

—¡Fantástico! —exclamó Shay.

—Tronchante —asintió Tally, aunque acto seguido preguntó—: Pero ¿de qué va ese disfraz de rebelde?

—¿No te acuerdas? —dijo Peris—. ¿Cuando te colaste en una fiesta el verano pasado, y escapaste robando un arnés de salto para bajar del tejado? ¡Fue el mejor truco de imperfecto de la historia!

—Claro... Pero ¿por qué vais envueltos en llamas? —inquirió Tally—. Quiero decir que no queda de rebelde si el edificio está ardiendo de verdad.

Shay miraba a Tally como si estuviera diciendo de nuevo algo falso.

—No podíamos ir con arneses de salto sin más —respondió Fausto—. Ir en llamas es mucho más chispeante.

—Sí —le apoyó Peris, pero Tally intuyó que había entendido lo que ella quería decir y estaba triste. Lamentó haber hecho el comentario. Sería estúpida... Los disfraces eran realmente chispeantes.

Los chicos se quitaron las bengalas con la idea de reservarlas para la fiesta, y Shay ordenó al agujero de la pared que confeccionara dos arneses más.

—¡Eh, nos estáis copiando! —se quejó Fausto, pero al final no importó. El agujero no consintió en producir unos arneses de salto de mentira por miedo a que alguien, en un olvido, saltara desde algún sitio y se estrellara. Tampoco podía confeccionar un arnés de salto de verdad; para conseguir algo complicado o permanente había que pedirlo a Requisición. Y Requisición no mandaría ningún chaleco de verdad porque no había ningún incendio.

Shay dio un resoplido.

—Hoy la mansión está totalmente falsa.

—¿Y de dónde habéis sacado esos? —preguntó Tally.

—Son de verdad. —Peris sonrió, toqueteando su chaleco—. Los hemos robado del tejado.

—Entonces sí que son de rebeldes —dijo Tally, y se levantó de la cama de un brinco para abrazarlo.

Abrazada a Peris no tenía la sensación de que la fiesta fuera a ser un rollo, o de que alguien fuera a votar en contra de ella. Los grandes ojos marrones de Peris descendieron radiantes hasta los suyos; luego, levantándola del suelo, la estrechó con fuerza contra su pecho. Tally siempre se había sentido así de cerca de Peris en los tiempos en que eran imperfectos, cuando se gastaban bromas mientras se criaban juntos. Era chispeante sentirse así de nuevo.

En todas aquellas semanas que Tally había estado perdida en plena naturaleza, lo único que había querido era volver allí, a Nueva Belleza, con Peris. Era una estupidez absoluta sentirse triste aquel día, o cualquier otro. Probablemente se debiera al exceso de champán.

—Amigos para siempre —susurró Tally a Peris mientras él la dejaba en el suelo.

—Eh, ¿qué es esto? —preguntó Shay desde el fondo del armario de Tally, cuyo interior estaba fisgoneando en busca de ideas y de donde había sacado una masa informe de lana que ahora sostenía en alto.

—Ah, eso. —Tally dejó de abrazar a Peris—. Ese es mi jersey del Humo, ¿recuerdas? —El jersey tenía un aspecto extraño, no como ella lo recordaba. Parecía un guñapo, y se apreciaban las uniones de las diferentes partes de la prenda tejidas a mano. Los habitantes del Humo no tenían agujeros en la pared, por eso debían hacerse las cosas con sus propias manos, algo que no se les daba muy bien.

—¿No lo has reciclado?

—No. Creo que está hecho de un género extraño. Algo que no puede utilizar el agujero.

Shay se llevó el jersey a la nariz y aspiró.

—¡Hala! Aún huele como el Humo. A hogueras y a ese guiso que siempre comíamos. ¿Te acuerdas?

Peris y Fausto se acercaron a olerlo. Nunca habían estado fuera de la ciudad, salvo con las excursiones escolares a las Ruinas Oxidadas. Desde luego no habían llegado hasta el Humo, donde todo el mundo tenía que trabajar durante todo el día haciendo cosas, y cultivando (o incluso matando) su propia comida, y donde todo el mundo era imperfecto al cumplir los dieciséis años y así se quedaban. Imperfectos hasta que morían.

Claro que el Humo ya no existía, gracias a Tally y a Circunstancias Especiales.

—¡Eh, Tally, ya lo tengo! —dijo Shay—. ¡Vamos de habitantes del Humo!

—¡Eso sería totalmente rebelde! —exclamó Fausto, con los ojos llenos de admiración.

Los tres miraron a Tally, entusiasmados con la idea, y aunque ella notó de nuevo aquel desagradable hormigueo por todo el cuerpo, sabía que no acceder a ello quedaría falso. Y que, llevando un disfraz totalmente chispeante como un jersey de un habitante del Humo auténtico, nadie votaría en su contra, porque Tally Youngblood era una rebelde nata.